

Desaparecidos

JAVIER NAVARRO

En América Latina hay más de 90.000 desaparecidos. En estos años de tanto dolor, de tanta sangre y de tanta represión, nada significa mejor la situación de nuestros pueblos que la presencia imborrable de aquellos cuya presencia se ha querido borrar.

A veces da la sensación que ya "nos acostumbramos" al horror. Que ya no nos impresionan las noticias de nuevas desapariciones. Que ese inmenso y entrañable ejército de familiares que recorren todos los caminos del continente reclamando por sus seres queridos, ha dejado de impresionar nuestra sensibilidad.

Y eso es algo que no podemos permitir. Porque la existencia de los desaparecidos es algo que mancha nuestra cultura y nuestra civilización como mancharon las europeas de los años 40 los hornos crematorios y los campos de concentración de los nazis. Ni lo podemos ver como algo lejano a nosotros, propio sólo de otros países. No: la modalidad de las desapariciones es algo que nos afecta, que nos amenaza, más o menos lejanamente, a todos, mientras en la medida de nuestras fuerzas no luchemos contra esa inhumana medida. Porque la existencia de los desaparecidos tal como se da en América Latina, es la acusación más indeleble de la inhumanidad de un sistema que de cuando en cuando necesita quitarse la máscara de humanidad para poder subsistir.

LO QUE NO SON LOS DESAPARECIDOS

A lo largo de la historia, cuando una sociedad se ha visto sacudida por el temporal de la guerra o la revolución, una serie de individuos de esa sociedad quedan, al menos en el primer momento "desaparecidos". No se sabe dónde están: si murieron en combate, si emigraron, si permanecen detenidos, si están escondidos... Familias disgregadas por el vendaval de la guerra que al irse reuniendo constatan que falta alguno de sus miembros y no saben dónde está, quizás ni siquiera si están vivos o han muerto. La situación es tremenda: el horror de la incertidumbre que oscila entre el dolor de temer lo peor y la esperanza de un retorno, destroza familias enteras. ¡Cuánto de esto se vivió en los países de Europa y Asia al concluirse la segunda Guerra Mundial! Algo similar se vive hoy en

países como Nicaragua, Bolivia y El Salvador en América Latina... Es un dolor inmenso de muchos miles de personas. Es importante que instituciones como la Cruz Roja Internacional y otras similares, se ocupen en solucionar cuanto antes todo ese dolor.

Pero cuando hoy en América Latina hablamos de "desaparecidos", no hablamos de esa clase de personas. Hablamos de los DETENIDOS-DESAPARECIDOS.

LA NUEVA MODALIDAD

En la última década, con la implantación de los regímenes de Seguridad Nacional en América Latina, ha surgido, masiva y terrible, una nueva clase de desapariciones. La de los Detenidos-Desaparecidos. Son personas, muchos millares de personas, que —según la definición de la OEA en su informe sobre los Derechos Humanos en la Argentina— "han sido aprehendidos en sus domicilios, lugares de trabajo o en la vía pública, según los casos, por grupos armados que aparecen, y casi siempre invocan expresamente, actuando en nombre de la autoridad pública. Luego de ser aprehendidas de esta forma, las personas desaparecen sin dejar rastros".

No son, pues, seres que se "pierden" en la marea de un temporal, de forma más o menos casual. No: son personas a las que se hace desaparecer. Y no por un grupo de los llamados "extremistas", sino por la autoridad pública. Y esto aunque los grupos secuestradores sean de los llamados "parapoliciales" o "paramilitares": no sólo porque se sabe que actúan dirigidas por los diversos institutos de seguridad de las fuerzas armadas, sino porque su propio modo de actuar —largo, minucioso, con ostentoso número de armas, hombres y vehículos, a la luz pública— sería imposible sin la connivencia y el apoyo de la autoridad pública.

Los desaparecidos por los que hoy claman los familiares en América Latina y con ellos las instituciones de defensa de Derechos Humanos, son desaparecidos intencionalmente por la autoridad de los países, después de haberlos detenido. Son no seres perdidos, sino presos, detenidos, a quienes se hace desaparecer, a quienes hace desaparecer la autoridad misma del estado.

Sus nombres no figuran en ningun-

na "lista de entrada" de comisarías y lugares de detención. Ni siquiera, en la mayoría de los casos, permanecen retenidos en los lugares ordinarios de detención. Son trasladados a casas particulares, cuarteles, campos o lugares clandestinos de concentración. Las inspecciones de la Cruz Roja u otras organizaciones similares, no los encontrarán nunca, pues no están en los lugares a donde estos grupos pueden tener acceso. Los recursos legales no surten efecto alguno. Los recursos de "habeas corpus" se niegan con la simple afirmación de que el detenido no figura en las listas o lugares ordinarios de detención: de ahí no pasan los jueces. Lo mismo sucede con las denuncias por "desaparición por accidente" o por "delito de secuestro" y demás recursos administrativos. Las autoridades niegan que el detenido esté en sus manos y no se investiga más adelante.

OBJETIVOS DE LA DESAPARICION

El recurso de desaparecer al adversario político ha llegado a ser un método ordinario de represión. Que supone todo un sistema establecido para poderlo practicar en forma masiva. Se necesitan lugares secretos de retención, personal especializado que lo realice, muchas veces también, cementerios secretos para las víctimas definitivas. Tanta barbarie tiene que responder a objetivos bien precisos.

En última instancia, la modalidad de los Detenidos-Desaparecidos busca la posibilidad de la eliminación física del adversario político. Es una posibilidad de aplicar la pena de muerte en la más absoluta impunidad. Normalmente ni siquiera aparece el cuerpo del delito. Además se dispone del detenido para interrogatorios y torturas sin ningún posible control del poder judicial o de sus abogados. Los arrestos se producen siempre sin orden judicial, sin que se proporcione al detenido o a sus representantes familiares o legales información sobre acusación, lugar a donde se le conduce, duración de la pena... En los países donde existe esta modalidad, todo prisionero político, es un desaparecido potencial.

El desenlace puede variar. En algunos casos se termina por reconocer oficialmente la detención. En otros, el arrestado queda finalmente en libertad. Otras veces, un cadáver abandonado indica el resultado final de los interrogato-

rios.

La legalidad queda totalmente pisoteada. Pero de un modo en el que se intenta camuflar, disimular estas violaciones. El Detenido posible desaparecido, sufre violación del derecho a la libertad personal y a no ser sometido a detención arbitraria, a no ser apresado sino por causales concretos especificados por la ley y con arreglo a procedimientos establecidos. Sufre violación al derecho a un proceso legal (en el caso de ser delincuente), al derecho a la vida... Cuando el detenido no aparece como detenido, el gobierno responsable trata de lavarse las manos ante la opinión pública nacional e internacional de todas estas violaciones.

Con este procedimiento se busca sobre todo crear un clima de terror político. La quiebra moral que la situación de desaparecido intenta producir en el detenido al colocarlo en una situación extrema (inevitable, imprevisible en su desarrollo, de durabilidad incierta, de peligrosidad permanente, todo eso afrontado en la más total impotencia y desamparo), intenta acabar con toda militancia opositora. Entiéndasenos bien: cuando hablamos aquí de opositores no nos referimos a la oposición armada; los desaparecidos son, casi siempre, gentes sin demasiada importancia: periodistas, gremialistas, pequeños líderes sindicales, abogados sin mucho renombre, defensores casi desconocidos de los derechos humanos, agentes concientizadores populares...

Pero a más de quebrar la moral del opositor, la existencia de desaparecidos tiende, sobre todo, a crear en la población un inconsciente de terror paralizante. No se trata de derrotar a una facción disidente o contraria políticamente, sino de operar sobre la sociedad en su conjunto para frenar todas las aspiraciones de cambio social. Nadie se atreve a moverse, a opinar siquiera, porque la acción y la opinión está de hecho penada: el no saber exactamente qué acción o qué opinión y cuánta sea la pena que el "delito" merece, crea una autocensura más rígida que la censura más rígida. La sensación de vivir en peligro fomenta en la comunidad nacional una vivencia de inseguridad ante la invalidación de todas las garantías legales tal, que las personas tienden a aislarse entre sí, con la destrucción consiguiente de todo el tejido social; ese mismo aislamiento fortifica en todos la sensación de impotencia: el que manda tiene tal poder que la situación es inevitable. En un clima así, en búsqueda



de alguna seguridad personal, nace para algunos más pusilánimes o que se sienten particularmente amenazados, la tentación de convertirse en delatores para obtener un mínimo de seguridad...

NO CONTARON CON LA FUERZA DEL AMOR

El sistema de represión por medio de la detención-desaparición, no solamente destruye el tejido social y la convivencia civilizada, sino que causa dolor. El dolor terrible que sufre hasta que le llegue la muerte, el mismo desaparecido. Y el dolor de los familiares.

Solamente el que alguna vez lo ha vivido puede darse cuenta cabal de lo que es. Tratemos de imaginarlo. Si la madre, o la esposa, o el hermano del desaparecido no ha sido testigo de su detención, en un primer momento intentará localizarlo como persona perdida. Quizás, muchas veces el mismo inconsciente le hará buscarlo en otros lugares antes de llegar a admitir el terrible hecho de que es desaparecido. Y viene la dolorosa peregrinación por clínicas y hospitales, por morgues y depósitos de cadáveres, por redacciones de periódicos y radios, por las casas de amigos y conocidos. Después, más o menos pronto, hay que encarar la verdadera realidad. Hay que ir a preguntar por el ser querido en los recintos policiales y los cuarteles. Venciendo el temor: porque muchas veces las personas que se interesan por un detenido pueden quedar detenidas a su vez: Y en todas partes tropezar con la frialdad de los cuadros oficiales. Buscará apoyos y ayudas. Y en esta búsqueda sentirá el abandono de los que son presas del miedo. Muchas personas, aún parientes y amigos, aún miembros de la iglesia o del poder judicial, pondrán excusas, escurrirán el bulto: es peligroso ser visto como amigo de o interesado por un detenido.

Todo conspira para que la búsqueda y más aún el reclamo, se abandonen. Todo incita a que la duda ("estará vivo o estará muerto") se transforme en una angustia intimista y paralizante. Y eso un día tras otro. Ni faltarán voces que le aconsejen dejar de buscar: "quizás —le insinuarán— sin presiones es mejor"... El lugar vacío en el hogar y en el corazón quiere convertirse en una imagen de pasado con el solo futuro sostenido por la esperanza del milagro que hay que pedir en la intimidad de la oración. Los mismos responsables de las desapariciones tratarán de borrar toda posibilidad de lucha por el retorno del desaparecido. Proclamarán amnistías, en favor de los responsables, declararán por ley como "presuntamente fallecidos" a los ausentes, equiparán su suerte con la de los desaparecidos en la vorágine de una guerra, dirán que son víctimas de purgas internas de los movimientos opositores...

Nada de eso ha servido. El amor, el amor inmenso de la mujer latinoamericana a sus seres queridos, ha hecho el milagro. Cuando no había esperanza, ha creado formas de lucha que han creado la esperanza. Allí están ellas atadas con cadenas en las rejas del palacio presidencial, o manifestándose una y otra vez a pesar de la represión policial, o llevando sus casos a toda clase de foros nacionales e internacionales.

El amor se ha hecho lucha. Y la lucha se ha hecho esperanza. Y la esperanza ha generado objetivos más grandes que el grande de la aparición del ser querido: ahora los familiares de los desaparecidos luchan por un mundo nuevo. Son los hombres nuevos forjadores de la nueva sociedad. Son la vanguardia de los que han sabido derrotar al miedo y al terror y han roto la parálisis que los gobiernos del sistema intentaban inyectar en la sociedad.